

**DOMINGO XX T.O.**  
**CICLO B**

**Con ojos nazarenos**  
HH. SAGRADA FAMILIA



## **LAS LECTURAS**

- Prov 9, 1-6
- Sal 33
- Ef 5, 15-20
- Jn 6, 51-58

### **Evangelio según San Juan 6, 51-58**

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

—Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí:

—¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo:

—Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.

## **EL COMENTARIO**

En la parte del discurso sobre el pan de vida que leemos este domingo, podemos notar una serie de acentuaciones que provocan un clima de mayor intensidad y realismo en los contenidos. Al mismo tiempo crean la tensión cristológica y existencial que llevan al planteamiento radical del final del discurso, objeto de nuestra atención el domingo próximo.

Sobre la pista de éstos, que podríamos llamar, cambios de acento en los significados, estamos invitados a captar el mensaje que la Palabra nos ofrece hoy.

De la exigencia de acoger en la fe el "pan" bajado del cielo, se pasa a la necesidad de comerlo en el sacramento. A partir del "pan de vida", Jesús pasa a hablar explícitamente de sí mismo como "pan vivo" ("Yo soy el pan vivo bajado del cielo" Jn 6, 51). Su origen está en el Padre, "que vive" (6, 57). Se carga de un mayor realismo el verbo que indica la acogida de Jesús: "masticar", "triturar", para expresar la acción de comer el pan. Existe también un progreso en la oposición a las palabras de Jesús; de la murmuración se pasa a la protesta (v. 41) y luego a "discutir acaloradamente" (v. 51).

Pero donde más gana en intensidad el discurso es en la rápida transición de "comer el pan" (v. 50) a "comer la carne" (v. 51). La identificación de Jesús con el pan de vida se completa con la donación total de su persona ("carne" y "sangre") en el sacrificio de la cruz (vv. 53-55).

No podemos ver una oposición entre el "comer el pan" que vendría a significar la aceptación de la revelación de la verdadera identidad de Cristo y el "comer la carne" que para nosotros implicaría la

participación en la eucaristía. Se da más bien una progresión que el clima litúrgico de celebración donde se lee la Palabra pone aún más de manifiesto.

Lo que queda bien claro es la necesidad de entrar en esa dinámica de comunión ("si no coméis". . . "si no bebéis". . . ) para "tener vida", la misma vida que el Padre posee en plenitud y que a través de Jesús distribuye a todos los hombres.

Ese es el banquete al que somos invitados (1ª lectura).

### **"La carne del Hijo del hombre"**

El término "carne" usado por Juan en el prólogo de su evangelio (1, 14) y en este discurso (6, 51) pone en relación directa el misterio de la eucaristía con la encarnación. La "carne" en la mentalidad bíblica indica la persona completa en su aspecto de debilidad y de limitación, pero también de comunión y apertura a la flaqueza humana.

Cuando se habla, pues, de la "carne del Hijo del hombre" que será entregada como alimento y que debe ser comida para tener vida, se está indicando la persona de Jesús en su plena humanidad, el Jesús de Nazaret nacido de María y un día clavado en la cruz. Y así como al acto de la encarnación siguió el tiempo de Nazaret, en el que ese misterio adquirió toda su amplitud al hacerse el hijo de Dios plenamente hombre mediante el crecimiento, al acto de su entrega en la cruz y de su resurrección gloriosa corresponde su permanencia en el sacramento de la eucaristía, mediante el cual su "cuerpo", que es la Iglesia, crece hasta la plenitud del Reino.

Podemos de este modo descubrir una correlación entre el tiempo de Nazaret y el tiempo de la eucaristía, que de alguna manera encuentra una confirmación en un verbo usado con frecuencia en el IV evangelio y que tiene un gran alcance para la vida cristiana. Se trata del verbo "permanecer", "seguir con", "morar", que tiene una resonancia nazarena y se emplea también en la página evangélica de hoy. "Quien come mi carne y bebe mi sangre sigue conmigo y yo con él" (v. 57).

Esa presencia recíproca de Cristo y quien come su carne y bebe su sangre, revela la intimidad de la relación a la que está llamado quien cree en él y tiene su contrapunto en la intimidad trinitaria (Yo vivo gracias al Padre" v. 57). Naturalmente esa intimidad lleva consigo la permanencia, para nosotros los hombres, e implica la duración en el tiempo y el crecimiento constante. La encarnación del Verbo es ya una garantía de permanencia de Dios entre nosotros; los largos años de Jesús en Nazaret son signo del designio de Dios que quiere estar para siempre con el hombre.

El evangelio, leído desde Nazaret, nos lleva a acentuar esos aspectos, quizá menos dramáticos, pero ciertamente también fundamentales para comprender esta página evangélica. Ellos también son importantes para nuestra vida cristiana de cada día donde lo que cuenta es lo que dura y se desarrolla.

*Padre santo, queremos acudir al banquete  
que con tu sabiduría infinita nos has preparado.  
Tú nos ofreces en tu designio de amor,  
a tu Hijo hecho hombre,  
hundido en la tierra para que se multiplique el grano  
y cocido en el fuego ardiente del Espíritu,  
para que todos lo puedan comer.  
Nos atraes a él para que dejemos  
las aguas de las cisternas envenenadas  
y bebamos el vino mejor,  
lleno de la alegría del Espíritu,  
que brota de su costado abierto en la cruz.*

### **Permanecer en él**

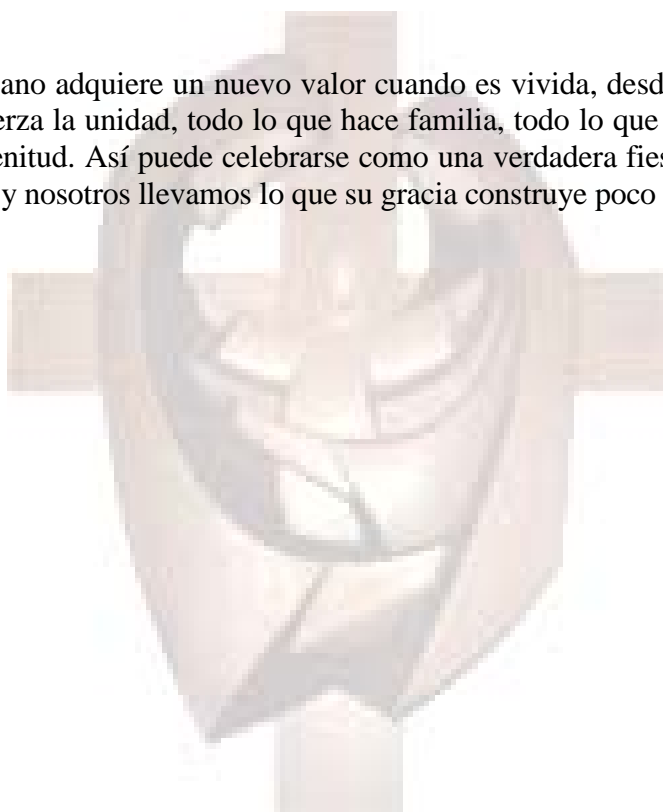
Muchas veces hemos reflexionado sobre las consecuencias que tiene para nuestra vida la participación en la celebración eucarística. Necesitamos pedir fuerzas al Espíritu Santo para que la fuerte invitación que hoy recibimos a hacerlo de nuevo no sea vana.

"Quien come de mi carne y bebe de mi sangre, mora en mí y yo en él" (Jn 6, 51). "Comer la carne", participar en el banquete implica, pues, esa absorción mutua en la que uno se hace el otro sin perder la propia identidad.

Debemos pensar nuestra participación en la eucaristía en términos comunitarios. Lo que sucede en nosotros, sucede también en los demás cristianos. Se construye así en la eucaristía la más perfecta unidad, pues todos somos uno en Cristo y entre nosotros. Es el triunfo definitivo del Espíritu que realiza la familia de los hijos de Dios con los hombres dispersos y desunidos.

Permanecer en Jesús es entrar en esa vida que el Padre posee en plenitud, rica de horizontes nuevos y de dinamismo inagotable, que nos arranca de nuestros círculos demasiado cerrados y recortados por la desesperanza y el pecado.

La vida eterna del cristiano adquiere un nuevo valor cuando es vivida, desde Nazaret, bajo el signo de la eucaristía. Todo lo que refuerza la unidad, todo lo que hace familia, todo lo que colabora a la expansión de la vida encuentra en ella su plenitud. Así puede celebrarse como una verdadera fiesta, un convite en el que Dios nos da lo mejor de sí mismo y nosotros llevamos lo que su gracia construye poco a poco en nuestras vidas.



**H. TEODORO BERZAL. FSF**